

CRONICA DE VIAJEROS GALLEGOS

HACIA el año 420 una distinguida gallega, de nombre Máxima y probablemente monja -«famula Dei», según el testimonio de san Agustín- le hacía al obispo de Hipona una consulta sobre un punto cristológico de gran interés. La extraordinaria cultura que mostraba la consultante y el celo por la pureza de la doctrina, merecieron de san Agustín cumplidas alabanzas. Contemplamos, pues, que ya en el siglo V andaban las gallegas por el mundo. Sorprende en la historia de nuestro país advertir que las mujeres siempre van en vanguardia, siempre inician ellas toda corriente heroica o intelectual.

Así, cuando empiezan a florecer las peregrinaciones a Jerusalén durante el

Imperio romano, hallamos una figura femenina de extraordinario relieve entre los primeros palmeros. Según la clasificación que mucho más tarde hizo Dante Alighieri de los peregrinos, palmeros eran los que iban a Jerusalén, así como se denominaba romeros a los que acudían a Roma y jacobeos a quienes venían a Santiago.

Como monja alférez, como abandonada y adelantada de la corriente migratoria gallega, del peregrinaje y vagabundaje de los gallegos por todos los confines del universo, hallamos entonces a otra mujer: la beatísima virgen Eterea, contemporánea y acaso parienta del emperador Teodosio (a quien asimismo podríamos considerar gallego), que desde las montañas de El



Eterea / Orosio / Maria Balteyra / Maxima

CUATRO LEGOS

Bierzo se dirigió a visitar los Santos Lugares. El viaje duró tres años, y lo narra en su «Itinerarium». Relato que, con una carta de san Valerio, que contiene un panegírico de la monja Eterea, dan una idea del ánimo ardiente de la singular turista: «No la cansaron los caminos de todo el mundo, ni la detuvieron los mares procelosos y los grandes ríos, ni la hicieron decaer la altura y cruel aspereza de los montes, ni la amedrantó la terrible ferocidad de las gentes despiadadas», indica san Valerio.

Verdad es que fue una viajera privilegiada; por todas partes se veía acogida con grandes muestras de consideración. Monjas y obispos le acompañaban y le servían de cicerones; los mismos soldados romanos le escoltaban a ve-

ces, yendo con ella desde sus campamentos hasta los más cercanos. La monja Eterea, como gallega de pura cepa, debía ir provista de una carta de recomendación; en este caso, un salvoconducto de Teodosio.

Otro viajero gallego lo encontramos en la primera mitad del siglo V. Habían salido de nuestro país y recorrían el Oriente, en peregrinaje piadoso o científico, hombres como Paulo Orosio, Baquiaro, Cartesio, Toribio, Idacio y los dos Avitos. Detengámonos ante el primero, sin duda el viajero más trascendental de la Cristiandad. Vamos a seguir sus huellas por las vías romanas: Marcha a Africa el año 414 para presentar a san Agustín su «Commonitorium», al que responde el obispo de Hipona con su libro «Ad Orisium contra priscilianistas et origenistas».

De Africa se dirige Paulo Orosio a Oriente, con carta comendaticia de san Agustín para san Jerónimo. Asiste al Sínodo de Jerusalén del 415 contra Pelagio, donde expone las doctrinas sobre la gracia. De regreso a España se detiene en Menorca, y al enterarse de las

devastaciones cometidas en Galicia por los bárbaros, que acaban de invadirla, vuelve a Africa y escribe sus ocho libros de «Historia del Mundo contra los paganos», como complemento del libro tercero de la «Ciudad de Dios».

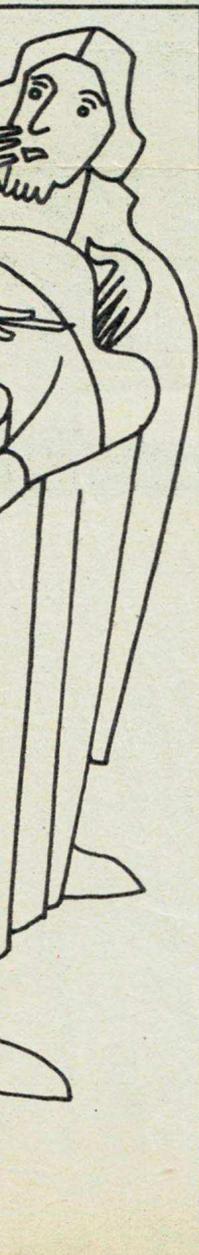
Demos ahora un enorme salto sobre los siglos para hallar en la Edad Media una figura femenina, de la cual cabría suponer que siguió las huellas de la beata Eterea; parodiando burlescamente, en cierto modo, el itinerario de la virgen gallega de la Antigüedad. Es la soldadera María Balteyra, pecadora piadosísima al estilo de los demás personajes del siglo XIII. María Pérez, a Balteyra, fue cantada, a la par que escarnecida, por los trovadores de su país, y el propio Alfonso el Sabio envidiaba la suerte de Pero d'Ambroa, amante de la hermosa en aquella sazón.

La Balteyra era una mujer animosa, que tomó la cruz el 1 de enero de 1257 y participó, tal vez, en la cruzada que inició Jaime I de Aragón, secundado por el Rey Sabio. La flota se vio sorprendida por una tempestad que separó las naves, arribando parte de ellas a Montpel-

lier y continuando el resto hasta San Juan de Acre. María iba en una de las naves que llegaron a Arce; su amado Pero d'Ambroa, en otra de las que arribaron a Montpellier. ¡Cruel separación! Más cruel todavía porque los trovadores y segreles aprovecharon la circunstancia para dedicarles procaces versos, censurando la cobardía de Ambro por quedarse «en Mompilher, no sul de França, con medo das tormentas do mar». Pero María Mejauchi (otro de los apellidos con que figura la gallega en los cancioneros) no desertó de la cruzada.

Y sus enamorados colegas, a pesar del despecho que sentían, hubieron de reconocerlo; así Pero da Ponte, en una cantiga de escarnio, si bien advierte que poco le duraron los efectos de la gran perdonanza ganada en Jerusalén, dice:

«Maria Pérez a vossa
[cruzada
quando vez da terra
[d'ultra mar,
assy veo de perdón
[arregada
que se non podía con
[el emerger;
mais furtanillo cada hu
[vay meter
o do perdón xa no ye fi-
[cou nada».



Siro
BOROBO